
Dichas Humanas

Jacinto Octavio Picón

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 5465

Título: Dichas Humanas

Autor: Jacinto Octavio Picón

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 29 de octubre de 2020

Fecha de modificación: 29 de octubre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Dichas Humanas

A la parte de Oriente, por cima de las arboledas del Retiro, comienza a despuntar el día, desvaneciéndose y borrándose el lucero del alba en una faja de luz pálida y blanquecina, que se dilata y extiende poco a poco en el espacio.

Los faroles están apagados, los serenos se han ido, las buñoleras no han llegado, las tahonas están cerradas, las tabernas no se han abierto, y un norte glacial barre las aceras, arremolinando en los cruces de las calles las hojas secas, el polvo y los papeles. Se oyen de cuando en cuando los pasos rápidos de alguien que ha trasnochado por necesidad o por vicio; suenan a lo lejos las campanas de maitines en la torrecilla de un convento, y tras las vallas de un solar convertido en corral, lanza un gallo su canto bravío y vigoroso, como si estuviera en el campo.

De entre las sombras que van desvaneciéndose surgen las líneas y la mole de una casa magnífica, casi un palacio, con jardín a la iglesia, ancho portalón y verja de remates dorados. Dos balcones del piso principal están interiormente iluminados por un resplandor medio amarillento, medio rojizo, formado por las llamas de la chimenea y la luz de una gran lámpara con enorme pantalla de seda color de oro. Desde la calle no se ven más que los huecos bañados en claridad misteriosa, los cristales de una sola pieza y los visillos de muselina, en cuyos centros campean cifras artísticas de letras entrelazadas.

La habitación es suntuosa. Hay en ella muebles soberbios, telas rarísimas, cuadros con firmas de maestros, retratos admirables, plantas exóticas criadas en la atmósfera tibia del invernadero, jarrones, japoneses decorados con cigüeñas de plata que vuelan en paisajes fantásticos, alfombras en que los pies se hundan y arañas de vidrios multicolores, donde centellean en temblor irisado los reflejos, de la chimenea. La riqueza y el buen gusto parecen haber reunido allí todos los primores del lujo moderno.

Sentado junto a un veladorcito, donde aún se ven el servicio de té, todo de plata, dos barajas francesas y un sortijero lleno de horquillas y pulseras, hay un hombre joven, de arrogante figura, que está haciendo números con un lápiz en una cuartilla de papel.

Por la esquina que forman dos calles, desemboca un mocetón descalzo, cubierto de harapos asquerosos. Lleva a la espalda un saco, y en la mano un palo, que tiene en la punta un largo clavo retorcido, con el cual, de cuando en cuando revuelve los montoncillos de basura que hay formados ante las puertas junto a los bordes de la acera. Otras veces se pone de rodillas, escarba con las manos y va metiendo en el talego restos, desperdicios y sobras de mil cosas distintas. Al creciente claror del día su figura comienza a dibujarse. Es joven, robusto, ágil, pero repugnante por lo sucio y lo feo. Tiene las prendas con que se cubre, destrozadas y llenas de remiendos, la gorra reluciente de mugre, las manos guarnecidas por escamas de roña, los ojos legañosos y el bigote quemado de apurar colillas; todo él es seboso y hediondo. Sus compañeros le llaman Pachín el Guarro.

Al llegar frente a la casa lujosa, se sienta en la acera y poco a poco va sacando algo de lo que ha recogido aquella noche, para separar lo que haya de vender de lo que quiera guardar.

De pronto se oyen a lo lejos pasos de alguien que viene corriendo, arrastrando en chancleta los zapatos, y por la esquina inmediata aparece una chica de veinte años, feísima. Es cabezorra, llana de cogote y algo bizca; tiene el pecho voluminoso y caído, como pasiega harta de criar, el rostro rojizo, el cuello negruzco, y el trozo de carne, que pudiera ser nariz, desformado y torcido, como si guardase recuerdo de un tremendo puñetazo. Lleva puesta falda de percal que fue azul, por entre cuyos jirones, jamás cosidos, deja ver un refajo amarillo en sus buenos tiempos, toquilla de estambre rosa convertida en pañuelo de talle, y a la cabeza otro pañuelo de seda verde, bajo el cual desbordan en mechones compactos y casposos los rizos negros, vírgenes del peine. En la mano derecha lleva también un saco y en la izquierda una cesta que tiene en vez de asa un trozo de sogá retorcida: allí trae una jícara sin asa, un borlón de darse polvos de arroz, un ojo de vidrio caído de un animalucho disecado, una rueda de butaca y la tapa de una caja de dulces adornada con un ramito de azahar artificial.

Aquella mujer es la Mona. Pachín el Guarro casi parece junto a ella un

señorito.

Al verla acercarse, dice él:

— ¿Qué traes, paloma?

— Na: lana sucia, una jícara, tres latas chicas y dos peras pochás.

— Guárdalas pa madre. ¿Y papel?

— Como un par de kilos.

— ¿Y tabaco?

— Eso sí, toma.

Y la Mona sacó de la cesta el fondo de una escupidera de cristal rota, con lo menos diez colillas de puro..

— ¡Son habanas; éstas se lavan y pa mí: u sin lavarlas! — dijo sonriendo Pachín.

— Entonces pa tí, pa mezclar. ¿Y tú, que has pescao?

— Mira.

El Guarro vació entonces todo el contenido del talego, y sobre las losas de la acera quedaron desparramados cien objetos imposibles de definir. Allí había de todo, reducido a nada; piezas de hierro con empleo desconocido, botones sin asa, escarpías sin punta, hebillas sin pincho, una regadera abollada, media petaca, un muelle de reloj, puchos recortes de trapo, dos carretes sin hilo y una zapatilla grande, vieja, de raso azul bordada de oro y con tacón Luis xv.

— ¿Y la otra? — preguntó ella.

— No ha pareció; pero ¡mira!

El Guarro sacó de la chaqueta con aire de triunfo, media cucharilla de plata.

— ¿Qué valdrá eso?

— Seis u siete ríales.

— Pues al café.

Recogieron el fruto de su trabajo, dividiéronse en los sacos el peso, y atravesando barrios enteros, después de matar el gusano en una taberna, fueron a salir por rondas y afueras más allá del Cristo de las Injurias.

El término de su viaje fue una esplanada de estercoleros, rodeada de desmontes, donde se alzaban varias barracas hechas de tablas, puertas de restos de derribos, mostradores viejos, esteras, persianas, grandes trozos de hule, muestras de tiendas y toldos de carro, todo ello recubierto, guarnecido y como blindado con latas de petróleo deshechas y claveteadas, que la lluvia y el óxido habían jaspeado de manchas rojizas, semejantes a una erupción de sangre seca.

Entre las barracas corría un arroyo de aguas sucias que se desbordaban al chocar con un perro muerto e hinchado, y en distintos sitios se veían grandes montones de trapo, ferretería de desecho, rejas desbaratadas, llantas de carros, pilas de ventanas sin vidrios y huesos de animales.

La más asquerosa de aquellas viviendas era la del Guarro y la Mona.

Para entrar tuvieron que agacharse. En lo interior había muchas estampitas de cajas de fósforos pegadas con pan mascado a un biombo que hacía de pared, un hornillo de barro puesto sobre una banqueta de piano que conservaba restos de damasco amarillo, y un cofre sin tapa lleno de suelas de calzado que despedía un hedor insufrible.

Había también un descomunal montón de recortes de paño, alfombras viejas, orillos de lana y pieles de conejos. Aquella era la cama de matrimonio y en ella se tumbó el Guarro, echando las piernas a lo alto como quien se regodea con el descanso bien ganado.

La Mona se le quedó mirando embelesada, llenos los ojos de pasión como una bestia enamorada.

Cuánto más le miraba, entre brutalmente apasionada y sinceramente pudorosa, más fea se ponía; pero a él debíole parecer hermosa y codiciable como a Salomón la Reina de Saba, porque con voz melosa le dijo:

— ¡Paloma!

La Mona quiso tenderse a sus pies sobre el montón de trapos para velarle el sueño destripando colillas y haciéndole pitillos, pero él volvió a llamarla como un animal a su hembra.

— ¡Paloma mía!

En la chimenea de la casa lujosa sólo quedaban cenizas; la llama de la lámpara palideció ofuscada por la luz del día, que comenzó a jugar con las cosas, arrancando reflejos al oro de los marcos, a los cristales de los espejos, a los nácares de los mueblecillos maqueados y a los flecos de seda.

El caballero joven que había pasado la noche haciendo números, sumas y restas, dejó caer la cabeza sobre el pecho, agobiado de cansancio y de pena. Luego, levantándose, fue hacia la cama donde dormía la mujer hermosa. Ella, al oírle acercarse, despertó tendiéndole los brazos. Su admirable cuerpo se modeló como una estatua viva bajo la colcha de seda, mientras él conservando en la mano el lápiz y el papel, dijo con profunda amargura, sin sentirse atraído por el cariño y la belleza:

— Estamos perdidos: ¡hay que quitar el coche!

Jacinto Octavio Picón



Jacinto Octavio Picón Bouchet (Madrid, 8 de septiembre de 1852 - ibídem, 19 de noviembre de 1923) fue un escritor, pintor, crítico de arte y periodista español, sobrino del dramaturgo y libretista de zarzuelas José Picón.

Trabajó como corresponsal literario en *El Imparcial*, adonde envió crónicas sobre la Exposición Universal de París en 1878, colaborando después en *El Correo*, órgano político de Sagasta y en *La Ilustración Española y Americana*. Permaneció en París hasta el otoño de 1880. Su labor

periodística se proyectó también en La Europa, El Progreso y en Los Madriles, y fue colaborador de La Revista de España, El Cuento Semanal, Los Contemporáneos, La Esfera y otras muchas publicaciones. Lázaro, casi una novela (1882), fue su primera narración extensa, sobre la crisis de un joven sacerdote. Después fueron sucediéndose por este orden las novelas La hijastra del amor (1884), Juan Vulgar (1885), El enemigo (1887), La honrada (1890), Dulce y Sabrosa (1891), Sacramento (1910), Juanita Tenorio (1910) y Sacramento (1914), su última novela. En 1884 fue elegido secretario primero de la sección de literatura del Ateneo.

Escritor costumbrista, destacó en la narración corta, con colecciones como Novelitas (1892), Cuentos de mi tiempo (1895), Tres mujeres (1896), Cuentos (1900), Drama de familia (1903) o Mujeres (1911). Formado en la ideología liberal francesa del Naturalismo, en su narrativa plantea a menudo un punto de vista femenino un tanto ingenuo para algunos y beligerante-feminista para otros, así en su novela Dulce y sabrosa (1891).